

LA HISTORIA ESPACIAL EN LA NOVELA INGLESA CONTEMPORÁNEA: DE *PILGRIMS* A *NÓMADES*¹

Socorro Suárez Lafuente²

Resumen: La novela inglesa de los últimos años deriva desde la auto/biografía y la metaficción historiográfica hacia teorías de *historia espacial*, o personajes que responden a las características de *pilgrims* o *nómades*. Esta diversificación de voces y lugares entra de lleno en los postulados de la intertextualidad y la transnacionalidad cultural, y verifica la “disemiNación”. Obras como *To the Hermitage* o *White Teeth* establecen los puentes críticos y temáticos que permiten a la literatura inglesa seguir siendo un espacio sincrético de fusión y expansión plurinacional: los personajes devienen en un *lugar* múltiple de influencias y vivencias, y se mueven en el espacio y el tiempo para crear la dialogía intertextual que marca la continuidad de la experiencia literaria inglesa.

Palabras clave: Metaficción historiográfica, intertextualidad, disemiNación, *espacio*.

Abstract: In the last few years, the English novel moved from auto/biography and historiographic metafiction towards theories dealing with a *spatial history* and characters that respond to the definition of either *pilgrims* or *nómades*. This diversification of voice and place narrates intertextuality and transnational discourses, and validates the possibilities of “dissemiNation”. Novels such as Malcolm Bradbury’s *To the Hermitage* or Zadie Smith’s *White Teeth* establish the conditions that make contemporary English Literature a place for syncretic fusion and plurinational expansion: characters become a *site* for multiple influences and experiences, and they move through time and space creating the intertextual dialogue that confers continuity to the literary development in English.

Key words: Historiographic metafiction, intertextuality, dissemiNation, *space*.

Apenas transcurrido un lustro del nuevo siglo, la literatura inglesa está dando tales muestras de vigor que resulta difícil definirla utilizando solamente los paradigmas del siglo XX; también se complica la recuperación del concepto “turn of the century” que tan útil fue, pedagógicamente hablando, para entender la transición de un siglo a otro. Novelas como *To the Hermitage* (2000), de Malcolm Bradbury, *White Teeth* (2000) de Zadie Smith, *Brick Lane* (2003) de Monica Ali, *The Clerkenwell Tales* (2004) de Peter Ackroyd o *Author, Author* (2004) de David Lodge nos permiten deducir que nos encontramos, en el panorama literario inmediato, con un sincretismo sin precedentes, con una dialogización o intertextualidad literaria que se ha convertido en imprescindible y con un proceso de “di-

¹ Fecha de recepción: marzo 2007.

Fecha de aceptación y versión definitiva: abril 2007.

² Catedrática de universidad, Departamento de Filología Anglogermánica y Francesa, Universidad de Oviedo; ✉ lafuente@uniovi.es.

semiNación” literaria tan marcado que no se pueden analizar los inicios de siglo sin tener en cuenta estas perspectivas críticas.

El postmodernismo, ya en vías de convertirse en post-postmodernismo (con manifestaciones cada vez más extendidas, tales como los cyborgs, el post-post-feminismo, el post-ecologismo, el ecofeminismo y el transnacionalismo), ha dejado fisuras en la estructura occidental secular que se reflejan claramente en el discurso literario. Las voces y los sujetos son ahora múltiples: inscriben su experiencia en la literatura tanto mujeres como hombres, como personas de distintas opciones sexuales, de distintas razas y procedencias culturales y, como se ha indicado, incluso figuran cyborgs, que constituyen un buen exponente de tal diversidad. La historia se reescribe y se refunde; los límites físicos, e incluso las fronteras mentales, se difuminan y se diseminan y hacen visibles a los personajes ex/céntricos, y los discursos, en consecuencia, se multiplican; de tal manera que, igual que el *Inglés* se convirtió en *inglés*, en un proceso paradigmático de la teoría postcolonial, la nación se diseminó a través de las migraciones (tanto emigraciones como inmigraciones) y la literatura experimentó la diversificación de su canon, ya que, en el siglo XXI, no es factible ignorar que hay otras visiones de la historia y de lo cotidiano. La literatura “inglesa” y lo “inglés” (*Englishness*) tienen que ser redefinidos y explicados continuamente, porque la especificidad, tanto temática como de estilo, al ser producto de la experiencia y de las influencias de la persona que escribe, no significa nada, en cuanto que término-etiqueta, en una sociedad contemporánea transnacional. El feminismo y el postcolonialismo, que tantas posibilidades críticas abrieron en su momento, son ya teorías del siglo XX establecidas; el siglo XXI parece centrarse, hasta ahora, en una ampliación de conceptos culturales. El “signo inestable” del siglo pasado no se ha parado todavía; afortunadamente, diría Deleuze, para quien el centro “estable” es sinónimo de muerte. Por tanto, se puede aseverar que la literatura inglesa está viva porque está en constante re/producción.

En 1997, en el Congreso de AEDEAN celebrado en Sevilla, Linda Hutcheon consideraba que la cultura occidental había entrado en el *impasse* de la nostalgia y que las voces blancas añoraban y buscaban el orden y la estabilidad perdidas; en el último número de *The European English Messenger*, John McLeod menciona una elaboración posterior, la de Paul Gilroy en *After Empire: Melancholia or Convivial Culture?* (2004). Desde que Hutcheon hiciera aquella observación, se puede constatar que la respuesta literaria a la *nostalgia* y la *melancolía* ha sido muy productiva; tanto es así, que las novelas (post)estructurales, de las que son un buen ejemplo las de John Fowles, Julian Barnes, A.S. Byatt, Muriel Spark, etc., que buscaban “rellenar” biografías e historia desde centros bien definidos, tales como la metaficción historiográfica, la ficción biográfica, la intertextualidad o, incluso, el realismo mágico, dan paso ahora al movimiento, la diversidad incesante y la “disemiNación”. La transculturalidad se convierte, de este modo, en una posibilidad viable para abarcar la diversidad contemporánea.

Los ya “clásicos contemporáneos” Bradbury, Lodge, Drabble o Ackroyd validan esta diversidad con itinerarios históricos de tal amplitud que abarcan todo un ámbito de conocimiento que nos define como transeuropeos, o europeos en movimiento. Otros autores más noveles, como Monica Ali, Zadie Smith o Andrea Levy, sólo tienen que recorrer su experiencia vital o su memoria genealógica para demarcar, de manera natural, un terreno literario inglés y transnacional a la vez; los personajes de sus novelas son fragmentos de

recuerdos, vivencias y discursos que surgen con su propio movimiento. Todos viven su historia de manera individual, por supuesto, pero, sumándose, construyen un presente múltiple y un pasado con una tradición de migración. Éste es, precisamente, el campo de pruebas de la *geografía cultural*, que articula “conditions of diaspora and cultural diffusion, of borderlands and exurbia, of the *militant particularity* of experience on the local scale” (Blair 1998: 549). Así pues, todos estos personajes se cualifican como héroes y heroínas de su tiempo, según la definición modernista, pues son personas que alcanzan su identidad en el proceso mismo de la consecución de sus ideales; pero son, también, personajes postmodernos, porque construyen esa identidad, en cuanto que discurso, “from affiliative opportunity and circumstance rather than filiative obedience and reverence” (McLeod 2005: 42).

Aun así, o precisamente por eso, son sujetos de su propia vida; son actantes, con conciencia de supervivencia y con voluntad de cambio. Ahí, precisamente, radica su dialogización; todos ellos intercambian su *otherness* con otro punto de vista también actante: Diderot con Catalina la Grande, en *To the Hermitage*, Henry James con George du Maurier en *Author, author*, y los Iqbal con sus vecinos multirraciales, blancos incluidos, en *White Teeth*. Pero también están explícitos otros intercambios, porque la geografía cultural es “an escape route from [traditional] binary thinking” (Patricia Yaeger, en Blair 1998: 565). Así nos encontramos con que, en estas novelas, negocian su cultura Francia con Rusia, Estados Unidos con Inglaterra, Pakistán con Caribe con India y con Inglaterra, Oriente con Occidente e, incluso, Occidente con Occidente mismo. Y en los intersticios de esas dualidades, en el *inbetweenness*, en las fisuras “derridianas”, se generan otras historias que influyen en la principal: las de Voltaire y Federico de Prusia, en *To the Hermitage*, que impulsan a Diderot hacia rutas desconocidas y desviaciones geográficas impensables para él; las de Alice James y Constante Fenimore Woolson, en *Author, Author*, que obligan a Henry James a replantearse constantemente su vida privada; las de Queenie y Bernard Bligh en *Small Island*, de Andrea Levy, que toman opciones que van a ser también determinantes en la vida de Hortense y Gilbert. Así, en cada novela, encontramos la negociación incesante del movimiento entre espacio y lugar. Entendiendo “espacio” como ente abstracto donde se sitúan las teorías y se fabrican los sueños, y “lugar” como algo físico, cotidiano, donde se realizan las asociaciones públicas y privadas. Sara Blair lo define acertadamente y en pocas palabras: “the meaning of place [is] not a matter of intrinsic or dominant cultural value but of experiential history” (Blair 1998: 551).

A todos estos movimientos literarios, migratorios, personales o culturales, hay que sumarles los movimientos intertextuales, esenciales aquí, y que amplifican los significados de manera sustancial. No en vano la mayor parte de los personajes evocan bien la “realidad” histórica (*To the Hermitage* y *Author, author*), bien la historia de la literatura (*The Clerkenwell Tales* y *Author, author*), bien el desarrollo postcolonial (*White Teeth*, *Small Island* o *Brick Lane*). En este contexto, *The Clerkenwell Tales*, de Peter Ackroyd, publicada en 2003, constituye un ejemplo singular, ya que no sólo hace un guiño literario obvio a *The Canterbury Tales* de Chaucer, sino que emparenta la obra de Ackroyd con los inicios mismos de la literatura en inglés, en un movimiento circular que impele, a la vez, al propio Chaucer hacia adelante. Los personajes son los mismos que en *The Canterbury Tales*, así como la estructura, pero Ackroyd añade un “The Author’s Tale” al final que traslada la secuencia a la postmodernidad. Ackroyd no se limita aquí a juegos histórico-literarios, que serían,

en todo caso, perfectamente legítimos, sino que, siguiendo a Chaucer, afianza el camino seguido por los peregrinos de éste: sus personajes no peregrinan a Clerkenwell, ellos *son* Clerkenwell, y los vamos a conocer por sus máscaras, por el trabajo que desempeñan, por su importancia como modelos de esa sociedad y por cómo actúan dentro de la estructura social que les corresponde.

Su labor como peregrinos es engarzar a sus predecesores de Canterbury con el presente y hacer, así, de la historia una peregrina más, en continua fluctuación. El crítico Zygmunt Baumann (1996: 23), al definir las peregrinaciones, parece que estuviera definiendo la historia como la entendemos en líneas generales, con lo que identifica el carácter móvil de ésta y respalda la comparación establecida más arriba:

The world of pilgrims – of identity-builders – must be orderly, determined, predictable, ensured; but above all, it must be a kind of world in which footprints are engraved for good, so that the trace and the record of past travels are kept and preserved. A world hospitable to the pilgrims. (1996: 23)

Las huellas que re/marcan los personajes de Clerkenwell son las pisadas de la política, de la religión, de la historia y de la vida cotidiana. Ackroyd re/inscribe continuamente la historia de Inglaterra y de su literatura, porque, como escribió Phil Baker en *The Guardian*, al hacer la recensión de la novela, “[t]he past is vivid for Ackroyd because it is not really past at all, [it is] the timeless interpenetration of past and present” (August 16, 2003). Este juicio queda patente en la novela *English Music* (1992), donde Ackroyd inscribe lo que constituye la *matrix* de su labor literaria:

what (my father) used to call “English music” meant [for him] not only music itself but also English history, English literature and English painting ... one subject always led to another ... all these things comprised one world which I believed to be still living – even in this small room where we [sit]. (21)

Así, Ackroyd y la literatura inglesa llegaron desde Canterbury a Clerkenwell, de aquí se fueron a Londres, y, llegados a este punto, Londres se erigió en personaje literario: *London. The Biography*, obra de Ackroyd publicada en 2000. Malcolm Bradbury lleva a cabo un peregrinaje literario similar cuando, en 1965, *stepped westwards*, para irse, en 2000, en sentido contrario, cerrando un círculo, no sólo sobre su propia obra, sino sobre la propia literatura inglesa. Bradbury muestra, así, cómo la gente fluye, se mezcla, se funde y lucha, cómo cada persona/je se preocupa por su propia historia, y cómo es la Historia la que prevalece al final.

Todo lo expuesto designa la noción de “disemiNación” de Homi Bhabha (1990, 1994) como inevitable, ya que los conceptos culturales, las huellas históricas y el *mapping* y el *naming* de cada tiempo en cada lugar están presentes en la configuración de la literatura inglesa, aún cuando pensemos sólo en la manifestación literaria de Inglaterra, ni siquiera en la de Gran Bretaña como tal, ni en las llamadas “literaturas en inglés”. La pluralidad implícita en la “disemiNación” no es siempre apreciada positivamente por la crítica, pero lo cierto es que al escuchar a los personajes literarios vemos que lo que predomina en

todos ellos, sea cual sea su procedencia y composición cultural, es el miedo a desaparecer en su especificidad, a perder aquellos rasgos culturales que marcan su historia personal y genealógica. La pesadilla de Alsana en *White Teeth* es un buen ejemplo de esto:

it makes an immigrant laugh to hear the fears of the nationalist, scared of infection, penetration, miscegenation, when this is small fry, *peanuts*, compared to the immigrant fears – dissolution, *disappearance*. Even the unflappable Alsana Iqbal would regularly wake up in a puddle of her own sweat after a night visited by visions of Millat (genetically BB; where B stands for Bengaliness) marrying someone called Sarah (aa, where a stands for Aryan), resulting in a child called Michael (Ba), who in turn marries somebody called Lucy (aa), leaving Alsana with a legacy of unrecognizable great-grandchildren (Aaaaaa!), their Bengaliness thoroughly diluted. (272)

Otro tanto sucede en el episodio de *White Teeth* en que el viejo militar, blanco e inglés, elabora la metáfora de los dientes, preocupado por la genealogía cultural de su país. Es en esta conciencia personal, en la “imagen en el espejo” que cada persona percibe, analiza y quiere preservar, donde reside la transacción cultural, la negociación personal y colectiva, y la trayectoria de cada nación y su literatura.

Debido a que la sociedad es y siempre ha sido sincrética, siempre ha estado y está en movimiento, todos los textos son híbridos. Nos lo demuestra la propia historia de la literatura desde sus comienzos con el establecimiento de los textos genésicos, y lo respaldan críticos contemporáneos fundamentales, entre los que se cuentan Bakhtin, Derrida o Edward K. Brathwaite, por nombrar a algunos de procedencia dispar. Se trata de un “imperceptible process whereby two or more cultures merge into a new mode” (Robert Young en Manzanos y Benito 2003: 69), en una clara re/generación cultural. Por eso, en palabras de Kaplan y Pease (1993), las ideas iniciales, necesarias cuando se funda una nación, tales como los mitos genésicos, el carácter unitario o la política escrupulosamente objetiva, se disuelven en el primer contacto con la individualidad, es decir, con la “realidad”.

Los personajes de las novelas inglesas del siglo XXI están contruidos con los fragmentos de su devenir vital, si bien viven *su historia* de manera particular. Juntos, se hibridizan para con/formar un presente múltiple, cuyo resultado es un paisaje literario con huellas de migraciones y “texto de paso” hacia otros desarrollos futuros. El proceso es tan común a la literatura contemporánea en general, que el término “intertextualidad” constituye casi la única posibilidad de comparación, porque no se puede definir la trayectoria de estos personajes por los parámetros históricos tradicionales, ya que su cronotopo se rige por una experiencia múltiple y cambiante, y todos son héroes y heroínas de su momento, luchando, como los personajes de la literatura clásica, por “llegar a ser” novelistas o conquistadores, supervivientes, eternos, y, en el caso de la literatura inglesa, “ingleses”.

Con estas premisas, la historia en que se desenvuelve la literatura contemporánea se adapta perfectamente al concepto de *spatial history* de Paul Carter, autor australiano que propone que no es la historia de los grandes hitos la que legitima una política nacional, sino la historia personal que se inscribe en los intersticios de aquella. *Historia espacial* es aquella que evoca “the spatial forms and fantasies through which a culture declares its presence” (Carter 1987: xxii). Al declarar estas “presencias” la literatura construye un

“metaphorical word-place which others may one day inhabit and by which, in the meantime, he [the namer] asserts his own place in history” (Ibíd., xxiv). Edward Said propugna ya en *Orientalism* que la geografía nos provee con el material básico de conocimiento; tal afirmación se entiende en el sentido de que los espacios, literarios o no, llevan inscrita la huella de quien los habitó y los habita, y que el espíritu del espacio influye en quien sea capaz de interpretarlo. Esto es precisamente lo que impele a los personajes a moverse, a convertirse en peregrinos, en aventureros, en migrantes: el llegar a interpretar y a traducir a sus propios términos la tierra o el camino elegidos; por eso pugnan por alcanzar la gracia, o la gloria, o el saber, o la paz, o la estabilidad económica. Los *pilgrims* están, por definición, siempre en movimiento, entre fronteras y entre definiciones, y, de nuevo, metafóricamente, en el *inbetweenness* de Bhabha. Los peregrinos provienen de un lugar y su fin es llegar a otro, porque su verdad está siempre en otro sitio (Baumann 1996: 20); solamente son peregrinos mientras no se instalan, por eso “for the pilgrim, only streets make sense, not the houses – houses tempt one to rest and relax, to forget about the destination” (Ibíd.). Cuando los personajes se instalan en un lugar, se convierten en migrantes. Serán emigrantes o inmigrantes según desde dónde se les contemple, y se les puede definir, precisamente, porque ya están ya instalados. Su nómina en la literatura inglesa de hoy es amplísima e incluye todas las novelas mencionadas hasta ahora. Los *pilgrims* y los migrantes también son habitantes del *inbetweenness*, porque mientras puedan ser definidos como forasteros son considerados como los “Otros”, como una energía des/centrada, sin hogar, desnortada. De nuevo es Edward Said quien los define, como figuras “políticas entre dominios, formas, hogares y lenguajes” (en Silva Echeto y Browne Sartori 2004: 22).

Como explica Homi Bhabha, el “espacio del entre” es el lugar de las tensiones, de las negociaciones personales e históricas; es el espacio de la conciencia histórica, sea ésta absoluta, espacial o cualquier otra posible; es donde se generan los discursos, el poder, la impotencia social y el movimiento. Por eso, ese espacio es el lugar donde se producen los *sujetos nómades*, según definición de Rosi Braidotti, porque es donde se experimentan los desplazamientos, las fragmentaciones y las adaptaciones y traducciones culturales. Braidotti designa estos *sujetos nómades* como la alternativa al poder centralizado, que es omnipotente e inmovilista. Considera a estos *nómades* como los nuevos sujetos de la postmodernidad y como alternativas a la voz blanca masculina, única y excluyente. No son, no obstante, sujetos en cuanto que categoría biológica, sino intersección de lo simbólico, lo físico y lo sociológico en todas sus variantes (raza, edad, sexualidad, etc.). El sujeto *nómade* contiene la presencia simultánea de muchos ejes y, como tal, es una figuración narrativa, una recreación política que puede atravesar categorías y niveles de experiencia y diluir los límites de la diferencia sin quemar los puentes de su normalidad (Braidotti 1994). Por eso su espacio natural es la teoría crítica y la literatura, porque es un sujeto que se des/identifica para identificarse, para poder negociar todas las formas posibles de implementación social de estas nuevas posiciones del sujeto postmoderno. Zygmunt Baumann fija la definición de identidad en el sentido que conviene a esta propuesta al decir que “*identity*, though ostensible a noun, behaves like a verb” (1996: 19).

Así, los *pilgrims* de Ackroyd, Bradbury o Lodge y los *migrants* de Ali, Levy o Smith son sujetos *nómades*, no sólo porque son figuraciones narrativas que traspasan y, al hacerlo, quiebran las difíciles fronteras del espacio arquetípico y de la inmovilidad, predefinidas

ambas por la sociedad, sino porque son capaces de imaginar (o, digamos mejor, de representar, puesto que los imaginados son ellos en cuanto que personajes) que “such practices of location, reterritorialization, and boundary making can be differently situated, and thus reinvested with social agency” (Blair 1998: 557). Los *nómades* son, no obstante, actantes de pleno derecho, porque son personajes notables en las novelas que habitan, y son subversivos porque transgreden normas y bordes establecidos, dando lugar a cambios e incomodando al discurso hegemónico. Los sujetos *nómades* verifican el principio general de que la literatura es el mejor campo de pruebas para la experimentación vital y el lugar primario de inscripción histórica de los cambios sociales; por eso hay *nómades* significativos en todas las novelas elegidas como *corpus* de este trabajo.

Nazneen, en *Brick Lane* es un ejemplo paradigmático del *nómade*. Su locación es intersección de muchas variantes “desempoderadas”: es mujer, bangladeshi, de clase social baja, con pocos conocimientos, y educada en la pasividad y la aceptación del destino. Pero Mónica Ali le traza un itinerario digno de un “Bildungsroman” y le confiere categoría de heroína: empezando desde abajo, con un nacimiento en precario, en un ambiente de pobreza, pasividad y superstición, y pasando, claro está, por su correspondiente rito de paso (con lo que éste conlleva de sentimiento de soledad y miedo y de dolor físico y psicológico) Nazneen va adquiriendo conciencia de sí misma y se transforma en sujeto; sujeto que ha de ser, necesariamente, *nómade*. Las líneas finales de la novela, en que Nazneen sale a la pista de hielo a patinar en sari, supone una puerta a la normalización de muchas mujeres en Inglaterra que sufren unas condiciones semejantes.

Queenie, en *Small Island*, parte de una situación muy diferente; sus variables no son tan negativas como las de Nazneen, pero su *nómadisme* es también notable, ya que está encerrada en casa con un suegro enfermo y un marido ensimismado. Queenie hace una pirueta vital y social complicada, y abre puertas, no sólo a su libertad personal sino también al racismo, a través de la sexualidad y la maternidad. El proceso no puede completarse, ya que la realidad se apodera de lo literario: Queenie acaba por entregar a su hijo, negro, a Hortense y Gilbert, matrimonio de origen caribeño, de la misma raza que el niño, y *nómades* potenciales ellos mismos. De hecho, *Small Island* es, en líneas generales, una novela social inglesa, escrita a la manera de George Eliot; es una obra perfectamente planteada e informativa, desde el punto de vista de la crítica social, y no hay en ella grandes transgresiones, no hay *des/identificaciones nómades*, con la excepción fallida de la maternidad birracial de Queenie.

Alice James, con su trasunto de realidad vital reflejado en su diario, se revela como *nómade post-mortem* en *Author, Author*. Su hermano Henry James, personaje de ficción en esta novela, se sorprende, leyendo los diarios de aquella, de cómo una mujer, enferma, sola y dependiente económicamente, puede tener tantas ideas, tantas opiniones y tanta capacidad de especulación. Esto le hace preguntarse sobre la relación real entre Alice y Katherine Loring; lo que le obliga a plantearse, contra su voluntad, sus propias dudas existenciales, sus inseguridades y sus miedos, reprimidos en aras de su imagen pública de seriedad e independencia. Tanto es así que Henry James, personaje de la novela de David Lodge, sólo se aproxima a su verdadera dimensión individual cuando está cerca de su hermana, quien, sin embargo, no tiene ninguna entidad pública ni histórica.

Los personajes de *The Clerkenwell Tales* son, por su parte, peregrinos, transitorios, breves, meras piedras en el camino de la historia de Inglaterra. Pero hay dos *nómades* interesantes: la monja visionaria, Clarice, y “silent Hamo” (17). Ambos son personajes que se mueven por varios cuentos y osan transgredir las fronteras de lo permitido: Clarice, nacida de transacciones sexuales ilícitas llevadas a cabo en los poblados subterráneos del monasterio, consigue la fama con su videncia y trastoca la estructura religiosa y política allí por donde pasa. Hamo, hijo también del pecado clandestino, vive en el monasterio, y su *nómadismo* es consustancial a su manera de ser; dice Ackroyd de él que “from infancy, he had been a natural exile” (17). Hamo es solitario y silencioso y vive absolutamente desprotegido, por eso su alegato final es más rompedor que las visiones de Clarice, porque pone en tela de juicio las certidumbres, aparentes, de su entorno:

he could no longer bear the sight of his familiar world; it seemed to encircle him or, worse, to enter his soul. What if this world were all that is, and was, and ever would be? What if from the beginning to the end of the thing men called time, the same people merged continually with one another? (95)

Hamo no tiene más salida, como personaje, que la muerte física, pero su subversión es básica para *The Clerkenwell Tales* y constituye un intertexto para la historia, pues muere como Thomas Beckett, ya que también a él le apuñala su amigo junto al altar mayor (131), y adelanta con su muerte, en el tiempo histórico, lo que va a ser el desplazamiento filosófico de la idea de Dios.

En *To the Hermitage* Malcolm Bradbury nos deja su testamento literario. En esta novela incide definitivamente en su propuesta de que su “humanista liberal”, en pugna eterna con el poder manipulador, con el “history man”, es el sujeto *nómade*, su sujeto *nómade*, el que, efectivamente, va a mover el mundo, ya que son los Stuart Treece y los Diderot los que sub/vierten, con su postura inopinada, los designios del centro autocomplaciente, y los que funden y conectan los hilos culturales. *To the Hermitage* es una novela transnacional y transhistórica, precisamente porque el museo del Hermitage es su icono central. En la novela, en el momento en que Diderot reside en San Petersburgo, el ahora museo es aún un palacio, en el proceso de convertirse en lugar de conocimiento y en continente de todas las artes para todas las épocas. Es un costoso regalo de la emperatriz Catalina la Grande a uno de sus amantes: un palacio amueblado con obras de arte y una buena biblioteca. A su sombra se gestan ya grandes intrigas y grandes ideas, como la del magnate de los medios, Panckoucke, que quiere escribir la *Encyclopédie méthodique*, aún más útil que la propia *Enciclopedia* de Diderot, pues será “a wide-open book”:

not just containing all knowledge but ... turning old words into a new window of the world ... the work would be divided, sub-divided, each new segment turning into a distinct yet interdependent encyclopedia of its own. It was like building a new capital city. Every street and pathway would be part of the web, linked into every other in an unbroken yet endless chain of universal knowledge which was supplemented every day. (389)

Esta cita constituye un *mise en abyme* de toda la novela; en ella Bradbury conecta “conocimiento” con “historia”, “historia” con “San Petersburgo”, y todo ello con “Internet”, y

convierte, así, al Hermitage en un microcosmos, en un lugar para la peregrinación cultural. La historia, vista como un proceso evolutivo en el que “each new segment [turns] into a distinct yet interdependent encyclopedia of its own”, es comparada a la creación de una ciudad como San Petersburgo sobre un espacio aún vacío. La ciudad surge como resultado del ordenamiento cronológico previo ejercido sobre las ideas y representado con palabras; es decir, San Petersburgo es la puesta en escena de la evolución histórica, y eslabón, a su vez, para desarrollos futuros. La acumulación, en extensión y en intensidad, de tantos nuevos segmentos se resuelve en esa “unbroken yet endless chain of universal knowledge” que constituye la *world wide web* contemporánea. Es decir, Bradbury connota el espacio como un lugar de continuo movimiento en que personas y acciones se suceden ininterrumpidamente, si bien la historia y la novela tienen la capacidad de apresar en sus páginas segmentos a voluntad. La última parte de la novela está dedicada al “dark end-game” (483 y ss.) en el que el autor recapitula la vida de todos los personajes que la articularon; en él nos cuenta no sólo cómo terminaron sus vidas, por saciar nuestra curiosidad lectora, sino también lo que dejaron tras de sí y de qué manera sirvieron de enlace entre el pasado y el futuro.

To the Hermitage constituye también un ejemplo de intertextualidad literaria y vital: no sólo recoge la metáfora de la vida como peregrinación, sino que ofrece aún otro punto de vista posible de este tema secular, otra puerta abierta, “otra vuelta de tuerca”, a las posibilidades del desarrollo literario. Las palabras sobre el concepto “autor”, citadas a continuación, cobran relevancia intertextual al contraponerlas al título de la última novela de David Lodge, *Author, author*, en la que el personaje principal es, además, el autor de *The Turn of the Screw*. Escribe Bradbury:

What’s an author? A man who stands on the stage hung with laurels, or a simple pen that drifts over the page, never affirming, never settling anything, just begging a mate from whoever’s there to read? What’s death? The end of things, the eternal silence: or the beginning of Posterity, the start of the journey ... the angle of vision from the other side of the tomb? (488)

Si hace unas páginas veíamos a un Hamo temeroso de una vida de eterno retorno, de un mundo eternamente circular, Bradbury suprime ese miedo aludiendo a otras posibilidades “vitales”, “subjetivas” (de sujeto) y, en todo caso, actantes. Así, convierte el círculo en espiral de futuro, en espiral centrífuga que recoge lo hecho y lo amplía, que asume la Enciclopedia, la adapta a las necesidades de una época más avanzada, y la transforma en Internet.

La literatura inglesa del siglo XXI ha articulado ya varias de tales posibilidades de ampliación. La novela de Kazuo Ishiguro *Never Let Me Go* (2005), sin entrar directamente en los postulados de la ciencia ficción, tiene como protagonistas a gente-clon, creada para servir de repuesto en los trasplantes de su propio Yo original; esto conlleva una quiebra personal inquietante y una des/identificación significativa respecto a marcadores culturales tales como familia, nación o raza. También *The Leto Bundle*, de Marina Warner, publicada en 2001, abunda en el mismo tema, con un personaje trans-cronológico, a la manera del Orlando de Virginia Woolf, capaz de continuar su vida de siglo en siglo y enmendar sus propios errores a través de la historia.

A modo de recapitulación de una exposición que, como vimos, difícilmente puede tener una conclusión, el proceso descrito puede verificarse en cuatro aspectos elementales. En primer lugar, la historia espacial implica movimiento en su misma definición y lo materializa en un *mapping* que articula toda la teoría de la localización. Esta teoría conlleva políticas concretas en el contexto social, bien sean de negociación, de priorización, de valoración o de exclusión, porque el ámbito de la localización se ve continuamente poblado y activado por los movimientos migrantes. Estos movimientos constituyen el segundo paso en un proceso en el que, tanto los *pilgrims* como los turistas contemporáneos, con todas las manifestaciones literarias intermedias y adyacentes, representan las posibilidades del espacio. Las circunstancias anteriores dan pie, por su mismo desarrollo, a la resistencia o subversión que los migrantes inscriben en la historia espacial. Esta resistencia, que se exterioriza en el difícil proceso de construir un espacio para la nueva identidad sin desprenderse por completo de su historia personal anterior, constituye el tercer estadio de la articulación del espacio. Dicho proceso de identificación personal y territorial deja, a su vez, muchos ex/céntricos y muchos sujetos *nómades*, que aún han de adquirir y elaborar su propia conciencia de ser sujetos, lo que constituye el cuarto y último punto del proceso.

La acumulación de vivencias que se materializan en la experiencia espacial de los migrantes define, y problematiza, el concepto de *Englishness*, de su historia y de la historia de la literatura inglesa, pues entra de lleno en los complejos laberintos de la “disemiNación” y se adhiere a la intertextualidad y la dialogización. Estos conceptos son esenciales y están presentes en una circularidad que no es sino una vuelta más de la espiral que funde el devenir cultural y la recurrencia literaria. Tal desarrollo garantiza la promesa de múltiples lecturas futuras, que enriquecerán la literatura de nuestra especialidad, y constituye un buen punto seguido para estas notas sobre la novela inglesa en el inicio del tercer milenio.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Referencias literarias

- ACKROYD, P. 1992. *English Music*. London: Hamish Hamilton.
- _____. 2003. *The Clerkenwell Tales*. London: Chatto and Windus.
- ALI, M. 2004 (2003). *Brick Lane*. London: Black Swan.
- BRADBURY, M. 2000. *To the Hermitage*. London: Picador.
- LEVI, A. 2004. *Small Island*. London: Headline Book Publishing.
- LODGE, D. 2004. *Author, Author*. London: Secker and Warburg.
- SMITH, Z. 2001 (2000). *White Teeth*. New York: Vintage Books.

Referencias críticas

- BAUMANN, Z. 1996. “From Pilgrim to Tourist –or a Short History of Identity”. *Questions of Cultural Identity*. Eds. S. HALL y P. DU GAY. London: Sage. 18-35.

- BHABHA, H. 1990. *Nation and Narration*. London: Routledge.
- _____. 1994. *The Location of Culture*. London: Routledge.
- BLAIR, S. 1998. "Cultural Geography and the Place of the Literary". *American Literary History* 10, 3: 544-567.
- BRAIDOTTY, R. 1994. *Nomadic Subjects*. New York: Columbia University Press.
- CARTER, P. 1987. *The Road to Botany Bay*. London: Faber and faber.
- HALL, S. y P. DU GAY, eds. 1996. *Questions of Cultural Identity*. London: Sage.
- KAPLAN, A. y D.E. PEASE. 1993. *Cultures of United States Imperialism*. Durham, N.C.: Duke University Press.
- MANZANAS, A. y J. BENITO. 2003. *Intercultural Mediations*. Münster: Lit Verlag.
- MCLEOD, J. 2005. "Revisiting Postcolonial London". *The European English Messenger* 14, 2: 39-46.
- SAID, E. 1978. *Orientalism*. New York: Random House.
- _____. 1993. *Culture and Imperialism*. London: Chatto and Windus.
- SILVA ECHETO, V. y R. BROWNE SARTORI. 2004. *Escrituras híbridadas y rizomáticas*. Sevilla: ArCiBel editores.